

SIR ROBERT SCHOMBOURGK Y LA INVASION HAITIANA DE 1855—56

Por *CARLOS FEDERICO PEREZ*

El progreso de nuestra historiografía en las últimas décadas ha permitido iniciar la superación de la etapa previa de puro enunciado de los acontecimientos con ponderaciones de orden civilista o ético o de exaltación patriótica. Un aporte documental cada vez más abundante está haciendo posible el análisis de la intimidad de muchos procesos, proyectando luz sobre contornos desconocidos hasta ahora de los hechos, lo que favorece una mejor comprensión de su origen y desarrollo.

Entre las perspectivas nuevas que están siendo iluminadas figura la referente al papel que han jugado, en el desarrollo de los acontecimientos internos, las alternativas de nuestras relaciones con el mundo exterior.

El aporte documental que habilita para tal cosa tuvo que provenir, desde luego, de los archivos extranjeros, habida cuenta de que en los informes de los representantes de las otras naciones, así como en las instrucciones recibidas por ellos, es donde pueden traslucirse las causas y los propósitos de sus respectivas políticas y su conexión con el acontecer de nuestra vida nacional. A este respecto han sido valiosas, en lo que concierne al período de la Primera República, las recopilaciones que bajo los títulos de Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, Relaciones Domingo—Españolas (1844—1859) y Antecedentes de la Anexión a España ha publicado el historiador Emilio Rodríguez Demorizi, así como los documentos de la misma índole recogidos por el mencionado investigador en los tomos denominados Documentos para la Historia de la Repú-

blica Dominicana. A tales fuentes deben sumarse las transcritas en dos tomos por el historiador César Herrera del Archivo de Indias acerca de la Anexión y aún no publicadas pero ya en depósito en el Archivo General de la Nación. Estos volúmenes arrojan mucha luz sobre las relaciones con Francia y España durante el período citado.

En cuanto a la Gran Bretaña, la otra gran nación europea interesada en nuestros asuntos, está disponible una parte de la correspondencia de sus agentes en Puerto Príncipe y de la referente a instrucciones y gestiones del Foreign Office relacionadas unas y otras con Santo Domingo. Sin embargo, todavía permanece inédita la que parece debe anticiparse como la fuente principal, o sea los informes cursados a su gobierno por el primer representante británico en Santo Domingo, sir Robert Schombourgh. De este solamente conocemos piezas de sus intercambios con la Cancillería dominicana publicadas a partir de 1938 en el Boletín Oficial de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores. Esta omisión parecería invalidar de antemano cualquier juicio sobre la gestión diplomática de Schombourgh en Santo Domingo si no existiera la circunstancia de que el contexto que delinean los documentos hasta ahora conocidos permiten fundamentar presunciones de validez aceptable hasta tanto no se demuestre lo contrario.

Finalmente, con referencia a los Estados Unidos, la cuarta nación extranjera que influye en los asuntos dominicanos en los años de la Primera República, existe respecto de la República Dominicana un apartado bastante nutrido en la inestimable recopilación de William R. Manning titulada *Diplomatic Correspondence of the United States*, tomo VI, lo que se completa con la bibliografía de otros investigadores.

II

Cuando la República Dominicana surgió como un nuevo Estado en la parte oriental de la isla de Santo Domingo, uno de los cuidados más asiduos de quienes la gobernaban fue la búsqueda de nexos con el exterior a fin de afianzar, mediante ellos, la existencia de la situación creada. Las metas perseguidas en ese sentido fueron desde el protectorado hasta el establecimiento de lazos amistosos, anudando intereses comerciales y de otra índole, lo que necesariamente incluía, de manera expresa o implícita, el reconocimiento del nuevo estado de cosas.

El vecindario del Caribe fue objeto de inmediato de la solícita atención de los gobernantes dominicanos, pero las gestiones principales se encaminaron, desde luego, hacia los Estados Unidos y las tres naciones europeas que, por razones históricas o por su preeminencia política, parecían llamadas a interesarse mayormente por los asuntos de Santo Domingo, o sea la Gran Bretaña, Francia y España.

Esta predisposición dominicana a vincularse con el exterior obedecía también a un mandato histórico consustanciado con el proceso que había conducido, fatalmente, a la contradicción entre las dos partes en que se había dividido la isla. Cifra importantísima en esa contradicción la constituyó la tendencia haitiana, muy comprensible, dada su experiencia, a recelar de las intenciones de los países extranjeros, mientras que opuestamente la experiencia de los dominicanos les incitaba a buscar la amistad y el apoyo externo como un recurso para equilibrar, frente a los propósitos de dominio de los occidentales, la gran disparidad de recursos que entonces favorecía a Haití. Era una actitud exigida por las circunstancias y que en parte desmentía el complejo aislacionista que como reflejo de la insularidad puede advertirse en la historia dominicana.

La postura proyectó influjos de trascendencia para la economía de los sucesos históricos de Santo Domingo. Siempre había estado sujeta la isla durante el período colonial, más que ningún otro territorio americano, a las incidencias de las relaciones internacionales, pero su estado dependiente la hizo objeto de tratos y convenios sin que para nada intervinieran en ellos las comunidades isleñas, mientras que con la constitución en entidades políticas con carácter propio, la presencia exterior tuvo que ser manejada directamente por cada una de ellas. En segundo término, las nuevas circunstancias acrearon la participación en los sucesos internos de la vida dominicana de los representantes extranjeros.

En junio de 1846 partió hacia Europa una misión diplomática dominicana compuesta por Buenaventura Báez, José María Medrano y Juan Esteban Aybar, cuyas actividades estaban destinadas a revestir particular importancia, tanto para la situación internacional de la República como para notorios sucesos de su vida doméstica. El propósito de la misión era obtener, según determinaron sus instrucciones, el reconocimiento de la República por parte de España, Francia y la Gran Bretaña, concluir tratados de amistad, alianza y comer-

cio con esas naciones y obtener en cualquiera de ellas un empréstito de tres millones de pesos fuertes. Además, debían conseguir la intervención francesa para poner término a la guerra con Haití. (1)

La misión desarrolló sus gestiones en España durante la mayor parte de su permanencia en el viejo continente. Ciertas ocurrencias habían hecho creer a los gobernantes dominicanos que contaban con la mejor disposición española para fines de respaldo. Sin embargo, tras la permanencia de catorce meses en Madrid, salieron los diplomáticos dominicanos con las manos vacías. En la capital francesa, adonde se trasladaron, parecía que las cosas iban a tener el mismo cariz, pues la Cancillería francesa, dirigida entonces por Francisco Guizot, no se apartó de la línea evasiva que había dado al traste con los proyectos de protectorado francés, planteados inmediatamente después de la independencia, pero sucesos inesperados variaron de manera radical el panorama.

Esos sucesos fueron los del cambio político que se produjo en Francia en febrero de 1848 y que condujo a la proclamación de la Segunda República Francesa con la caída de la monarquía de Luis Felipe de Orleans. Una nueva perspectiva se abrió de inmediato ante los comisionados dominicanos. Entre los elementos advenidos al poder había fervorosos creyentes del liberalismo abrazados a la convicción del derecho de las nacionalidades. El caso de la República Dominicana era típico de un pueblo que luchaba por el reconocimiento de las prerrogativas de su identidad propia y diferenciada. El resultado de todo aquello fue el tratado suscrito con Francia, el 12 de octubre de 1848, primer acuerdo internacional en que se reconoció formalmente al Estado surgido en la parte oriental de la isla de Santo Domingo la jerarquía de un miembro de la comunidad internacional.

Este logro positivo produjo, como en cadena, reacciones de vital resonancia en la vida exterior e interna de la República Dominicana.

En efecto, el tratado suscrito con Francia no fue ajeno al desarrollo de las negociaciones que siguieron en Londres con los británicos. (2) Si las reservas británicas a los planes de protectorado sobre la República Dominicana de 1844 fueron razón de peso en la evasiva francesa, Londres también se preocupaba de no dejarse tomar ventaja por Francia en otros aspectos. El Foreign Office se apresuró a someter a los diplomáticos dominicanos un proyecto de tratado que implicaba el reconocimiento mediante la regulación de nexos comer-

ciales y marítimos. Ciertas estipulaciones de la propuesta en materia del pago de patentes impidieron la aceptación por los dominicanos, pero las objeciones, en vez de hacer desistir a los británicos, les estimularon para proseguir adelante, escogiendo para ser representados en Santo Domingo a sir Robert Schombourgh, quien fue nombrado Cónsul investido de facultades diplomáticas, caso frecuente entonces, pues se la comisionó para proseguir las negociaciones para el tratado.

El evento era de profunda significación. Para la época, la Gran Bretaña constituía, sin lugar a dudas, la primera potencia mundial. El nombramiento recayó además en una figura de reconocido relieve cuya selección parecía presagiar un cometido de singular importancia. En Caracas un comentarista anónimo elaboró toda suerte de conjeturas acerca de la novedad. (3) Soulouque, que ya ocupaba el poder en Haití, protestó airadamente. (4) Los Estados Unidos dieron crédito a la versión de que la Gran Bretaña se proponía obtener la bahía de Samaná y se apresuraron a enviar un Agente Especial a la República Dominicana, el señor Benjamín Green, con instrucciones de investigar y si era posible oponerse a las pretensiones británicas. (5)

De esa manera, el acuerdo con Francia, que no iba a llegar a perfeccionarse por la oposición haitiana, concitó sobre la República Dominicana la atención y el interés de las tres grandes naciones además de revitalizar los propósitos absorbentes de los haitianos, pues Soulouque creyó necesario adoptar providencias inmediatas para interrumpir el curso que habían tomado los acontecimientos. Se inició, pues, una soterrada pugna de recelos que no tardó en traslucirse en los sucesos de la República Dominicana. La misma iba a proseguir en los años restantes del período llamado de la Primera República que concluye con la anexión a España de 1861.

III

De los personajes que intervinieron en tan dilemático desarrollo mueve nuestro interés en estas páginas sir Robert Schombourgh quien actuó en calidad de representante de S. M. Británica en Santo Domingo hasta mayo de 1857. Los antecedentes que someramente hemos señalado contribuyen a dibujar el ambiente de fondo que motivó su designación y que estuvo implicado en su actuación posterior. El conocimiento de ambos extremos ofrece el contexto que permite cuestionar en forma muy específica su participación en

el último y más importante episodio de la guerra dominico-haitiana que nuestros historiadores generalmente se han limitado a señalar y describir como la invasión de Soulouque de 1855-56.

Cuando vino a Santo Domingo Schombourgk gozaba de sólido prestigio en los centros científicos europeos por sus trabajos de exploración geográfica en América. Aprovechó su permanencia en Santo Domingo para continuar sus investigaciones de ese carácter. Ellas le llevaron a ponerse en contacto con el medio dominicano a todo lo largo y lo ancho de nuestro territorio y probablemente contribuyó a cimentar sus sentimientos de simpatía por los nativos. Pero lo que le granjeó la mayor consideración y afecto en buen número de ellos fue la protección que dispensó, en el desempeño de sus funciones, a los perseguidos de nuestras pugnas políticas. Eso parece haberse reflejado en la inclinación por los dominicanos que se le atribuyó en cuanto a la guerra que se sostenía contra Haití.

Observemos en primer término, en relación con este último extremo, que en el caso de un funcionario diplomático muchas veces pueden estar en conflicto los sentimientos personales con la actuación oficial y que, cuando tal situación se presenta, el funcionario leal a su cometido sacrifica los primeros en beneficio de la segunda, a menos que no escoja la salida de despojarse de su investidura para quedar en libertad de proceder según sus privativas preferencias. Una encrucijada semejante posiblemente le deparó a Schombourgk su permanencia en Santo Domingo.

Schombourgk vino con el específico encargo de velar por la mejor preservación de los propósitos y los intereses británicos en la parte oriental de la isla dentro de la situación creada a raíz de la independencia. En sentido general, y sobre todo bajo la rectoría de Lord Palmerston, cuando dirigió la Cancillería británica, la documentación disponible confirma que la Gran Bretaña favoreció el mantenimiento de la República Dominicana como estado independiente. Fue ella, por ejemplo, la principal animadora de la mediación diplomática que mantuvo en suspenso durante unos años la cristalización de las intenciones agresivas de Soulouque. (6) Mientras se trató de resguardar la independencia dominicana frente a Haití, parece puede afirmarse que la Gran Bretaña interpuso su influencia y sus recursos en favor nuestro. Dentro de los fríos cálculos de su política exterior no la movía solamente el interés sentimental por nosotros y por nuestra conformación étnica y cultural, como a veces se ha señalado, sino

el hecho de que la República Dominicana, por imperativo de su constancialidad histórica, había nacido con una predisposición de apertura hacia el mundo exterior, profundamente contrastante con las cerradas restricciones haitianas. Esto, es en términos económicos y comerciales, significaba un mercado abierto para el comercio y las inversiones británicas, finalidad de primer orden en los planeamientos de la política exterior de la Gran Bretaña. No fue otro el estímulo que tuvo para favorecer, como lo hizo, la independencia de España de las naciones hispanoamericanas.

Pero, en el caso de Santo Domingo, como también en el de Hispanoamérica, junto al interés por resguardar la independencia dominicana frente a Haití, surgieron las incidencias de la rivalidad con los Estados Unidos, que estaban acentuando su presencia en el área del Caribe y del golfo mexicano, a seguidas de haber completado su expansión hacia el Pacífico después de vencer a México en la guerra de 1846—48.

Bajo esta confluencia de incitaciones disímiles se desenvuelve la misión diplomática de Schombourgk. A ello hay que agregar que bien pronto en Santo Domingo la presencia extranjera fue factor dentro de las caldeadas disidencias políticas internas. Estas, con fundamento o sin ello, no tardaron en aparecer como vinculadas a determinadas preferencias.

IV

El primer representante británico arribó a Santo Domingo en enero de 1849. Había emprendido el viaje desde Europa en compañía de los comisionados dominicanos que regresaban al país. A su llegada un cambio político había ocurrido poco antes. El general Pedro Santana resignó el mando presidencial y fue sustituido por el general Manuel Jiménez. Y poco después de su venida inició Soulouque, en marzo, la expedición con que pretendió dar un corte radical a los progresos diplomáticos dominicanos en Europa colocando nuevamente a la parte oriental de la isla bajo el dominio de Haití.

El ataque haitiano había alcanzado para abril sustanciales ventajas que colocaron en grave peligro la existencia misma de la República Dominicana ante el desconcierto del gobierno de Jiménez. Aparece de nuevo en escena el general Santana y su nombre figurará vinculado al final rechazo de la invasión haitiana. Al frente del

ejército victorioso, Santana desconoce el gobierno de Jiménes y reafirma su ascendiente político al obligar al Presidente a la capitulación.

A causa de estos acontecimientos se produjeron las primeras actuaciones de Schombourk relacionadas con los altibajos de la política interna dominicana. Fue mediador y garante, junto con Cónsul francés y el Agente Comercial norteamericano, en las negociaciones para la deposición de Jiménes y luego, al sobrevenir las persecuciones de los miembros del gobierno de este último, acoge en calidad de asilados a un grupo de ellos.

Esta última actuación le puso en conflicto con la nueva atmósfera política. Tuvo dificultades para obtener la salida hacia el exterior de los asilados. (7) Poco después, dentro del primer gobierno de Buenaventura Báez, producto del cambio patrocinado por Santana, se le dificulta su reconocimiento como plenipotenciario para las negociaciones del tratado con la Gran Bretaña. El impasse fue superado y el acuerdo se realizó al fin en 1850, pero los sucesos de 1849 tendieron a ubicar a Schombourk, en cuanto al panorama político interno, en el círculo no afecto a Santana, circunstancia atendible para juzgar los eventos posteriores.

Las cancillerías de Londres, París y Washington convinieron en mediar colectivamente en la guerra dominico-haitiana como un expediente de equilibrio para sus mutuos recelos. (8) A base de la petición formal dominicana, la propusieron en Puerto Príncipe en junio de 1850. Percatado a tiempo de lo que se preparaba, Soulouque se adelantó a ofrecer negociaciones directas para arreglar el conflicto con una especie de confederación entre las dos partes de la isla bajo soberanía haitiana. Fue evidente que en esta maniobra tuvieron que ver los agentes británico y francés en Puerto Príncipe deseosos de escamotear a los Estados Unidos parte del crédito por la solución del conflicto. (9) La gestión mediadora bajo instrucciones precisas para una paz definitiva o una tregua de diez años, aun recurriendo a medidas coercitivas, fue esquivada por los haitianos, logrando estos, mediante el método de ganar tiempo con diversas contrapropuestas, y aprovechando los recíprocos recelos entre los mediadores, ir disolviendo los arrestos iniciales, hasta el punto de que en abril de 1851 se atrevieron a admitir solamente el mantenimiento de la tregua y a poner de nuevo sobre el tapete la solapada propuesta de negociaciones directas.

El expediente de las negociaciones directas, al cual se añadía ahora el del canje de prisiones, francamente favorable a Haití, fue echado adelante por Schombourgk en Santo Domingo. El representante británico en Puerto Príncipe, Ussher, era decidido patrocinador del mismo. El intercambio de notas sobre el asunto pone de relieve el constreñimiento del gobierno dominicano para un paso que le merecía el más profundo escepticismo dada la experimentada sinuosidad de Soulouque. (10) Se envió a Puerto Príncipe al general Antonio Abad Alfau y se devolvieron los trescientos prisioneros haitianos a cambio de solo ocho dominicanos retenidos por los occidentales. Ni que añadir queda que todo concluyó, como se había previsto, en un rotundo fracaso, pues el soberano haitiano insistió en la variante de la una e indivisible con su proyecto de confederación.

En un extenso artículo, de evidente inspiración oficial, el resultado fue objeto de agrios comentarios por el periódico dominicano *El Eco del Ozama*. Allí se sindicó, en forma que no deja lugar a dudas, al Cónsul General británico en Puerto Príncipe, Ussher, como parcializado en favor de Soulouque y alusivamente se le dedican los más duros calificativos. (11)

No son escasos los indicios que documentalmente justifican la acusación contra Ussher, pero hay razones para conjeturar que por lo bajo jugaba su parte, decisiva, la solidaridad anglo-francesa para impedir la interferencia norteamericana. La pacificación entre Haití y la República Dominicana restaba a las posibilidades de los Estados Unidos el que los dominicanos finalmente se entendieran con ellos bajo la presión de la amenaza haitiana. Esta alternativa había llegado a ser uno de los ingredientes del clima de suspicacias del momento, como lo testimonian las consideraciones expuestas por el Cónsul francés en oficio a su colega de Puerto Príncipe, recomendándole tratar de que el monarca haitiano comprendiera los peligros a que se exponía si, por su intransigencia, los dominicanos se arrojaban en brazos de los norteamericanos. (12)

El riesgo aparecía a los ojos de los europeos, ya para entonces, autorizado por la predisposición de Santana — que era el verdadero dueño de la situación política, no obstante ser Báez el Presidente — a escuchar a los norteamericanos, de lo cual había dado pruebas al imponer al mandatario que solicitara la intervención norteamericana en la guerra con Haití. Schombourgk tuvo que ser partícipe de las prevenciones europeas y por eso empleó sus recursos más

persuasivos para inducir a los dominicanos al fallido intento de negociaciones directas con Haití.

V

La vuelta de Santana a la Presidencia de la República, en febrero de 1853, arrojó a los sucesos sin tardanza en un curso más incisivo. Sustituía a Báez cuya imagen era para la época la de un porfiado auropeista y antinorteamericano. Tras el fracaso de sus insistentes esfuerzos por obtener el protectorado francés—propósito revivido en los días angustiosos de la invasión haitiana de 1849—Báez se había vuelto al final de su gobierno hacia España que, alarmada por las miras de los Estados Unidos sobre Cuba, se había decidido a poner interés en los asuntos de Santo Domingo. La situación la complicó aun más el hecho de que en los Estados Unidos en ese mismo año de 1853 comenzó la administración del Presidente Pierce que no ocultaba sus planes expansionistas. Tal conjunto de factores hizo que Santana inaugurara su segundo gobierno con claras advertencias franco-españolas de que no serían indiferentes a las acciones norteamericanas en Santo Domingo. (13) A ellos se agregaron insistentes manifestaciones francesas de inquina contra el nuevo régimen como las reclamaciones por supuestos daños inferidos a súbditos franceses extrañados del territorio dominicano por conducta sospechosa en favor de los haitianos y por alegadas injurias inferidas al Coronel Mendez oficial francés contratado por Báez. De que este, por lo bajo, alentara tales cuestiones, debió quedarle poca duda al temperamento naturalmente suspicaz de Santana, amen de que el prestigio que había granjeado a Báez su primera administración tenía encendida ya la pugna caudillista entre ambos prohombres. Así se hace más explícita la comprensión de las violentas acusaciones hechas por Santana contra el ex-Presidente, en julio de 1853, obligándolo al ostracismo y dando inicio al enfrentamiento abierto que fue de gravísimas consecuencias durante la Primera República.

Santana, sin embargo, estuvo dispuesto a utilizar el renovado interés español por Santo Domingo, enviando a España al general Matías Ramón Mella, el prócer febrerista, pero al regresar este sin resultado positivo alguno, favorece el entendimiento con los Estados Unidos, llegándose al proyecto de tratado de 1854 con el general norteamericano William Cazneau que dio origen a una inmediata y

terminante oposición europea. El convenio en su forma primitiva preveía el arrendamiento de una porción de terreno en Samaná para una estación carbonera. La presión europea hizo descontar tal estipulado y luego introdujo modificaciones en el texto restante que paralizó de manera definitiva el acuerdo.

Portaestandarte de esta acción categórica fue Schombourgk quien puso en manos de Santana, el 18 de agosto de 1854, una nota conminatoria, demandando el abandono de las negociaciones con los Estados Unidos, nota respaldada por gestiones posteriores en compañía del Cónsul General de Francia en Puerto Príncipe, quien se había trasladado a la capital dominicana, y por la presencia de buques de guerra de las dos naciones frente a la ciudad de Santo Domingo. Parte muy importante de las amenazas entonces esgrimidas fue la de retirarse de la mediación en la guerra con Haití y consecuentemente dejar a los dominicanos a merced de las tramas agresivas que, en asecho de una oportunidad favorable, Soulouque fraguaba sin descanso. (14)

El episodio que convirtió al modesto rincón antillano que era Santo Domingo en escenario de un pugilato entre grandes poderes colocó a Santana, de manera definitiva, a los ojos de los europeos, en el papel de un riesgo inminente para sus intereses. Si a ello se junta el laborantismo de sus enemigos políticos, de continuo amenazados por su despotismo, se completa el balance de la dinámica de acontecimientos sucesivos.

Así, la conspiración descubierta el 25 de marzo de 1855, comporta claros indicios que corresponden al cuadro que delinea la proyección del incidente en la política interna. Fue significativo que aparecieran complicados en la conjura súbditos franceses y españoles. Uno de estos últimos resultó victimado en el Seybo, Pedro Dalmau, y recibió sentencia de muerte en la capital, estando a punto de ser ejecutado, el general Pedro Eugenio Pelletier, francés de nacimiento nacionalizado dominicano. Para la clemencia de última hora de Santana intervinieron muy notoriamente los representantes europeos. Agreguemos por último que la principal figura del holocausto, el bizarro general Antonio Duvergé, debió tener simpatías por Francia a causa de su origen.

En todos estos lances el papel de Schombourgk fue sobresaliente. Cazneau lo pinta haciendo propaganda en el interior

del país en contra del proyecto de tratado de los Estados Unidos. Según él, de su puño y letra fueron las enmiendas introducidas al convenio para invalidarlo. Se comprende que el enviado norteamericano fuera presa de una iracunda reacción que estuvo enfilada también contra Santana, al culparlo de doblez, por su rendición ante los europeos. Hubo, pues, vociferantes amenazas de Cazneau sobre represalias por las fuerzas navales de su país, lo que lleva a Schombourgk y al Cónsul francés al arriesgado compromiso de autorizar al gobierno dominicano a izar los pabellones británico y francés en señal de protección si cristalizaban las amenazas proferidas por el general norteño. (15)

La conspiración del 25 de marzo, asimismo, prestó nueva oportunidad a Schombourgk para extender el amparo del asilo político a perseguidos por la saña santanista. Figuraron entre ellos el prócer Francisco del Rosario Sánchez y el futuro historiador José Gabriel García. Santana se negó a conceder a los asilados salvoconductos para abandonar el país, pero buscó una salida al problema sometiéndolo al Senado Consultor. Este cuerpo legislativo, dócil engendro de los afanes autoritarios del Presidente, evacuó el 10 de abril la consulta negando que asistieran al Cónsul británico prerrogativas para extender el asilo y afirmando que, aun teniéndolas, carecía de derecho para usarlas en favor de conspiradores a mano armada. Recomendaba comunicar a los cónsules abstenerse en lo sucesivo de esa práctica, pero sobre el caso particular consultado, opinaba que “por respeto al augusto nombre de S. M. B.” y “por conservar las relaciones de buena armonía existentes entre uno y otro gobierno” se concedieran los pasaportes solicitados opinión a que desde luego se acogió Santana. (16)

VI

Las alternativas sintéticamente reseñadas más arriba nos colocan en la antesala del acontecimiento en relación con el cual la actuación de Schombourgk ha suscitado la inquisitoria que anima a estas páginas.

No es difícil advertir una ostensible concatenación de causa a efecto en los hechos relatados. Es evidente, sobre todo, que a partir de 1849, se traba cada vez de manera más definida el desarrollo de los acontecimientos exteriores con los internos, adquiriendo estos, en cuanto fueron producidos por las banderías políticas domi-

nicanas, el subido color de preferencias y vinculaciones hacia uno u otro de los intereses extranjeros en rivalidad en Santo Domingo.

Tratar de dilucidar el papel que jugó sir Robert Schombourgk en ese proceso reviste singular importancia, no solo por la jerarquía preeminente de la Gran Bretaña en el campo internacional, sino también porque todo induce a creer que el curso de los sucesos coaccionó de tal manera a los representantes británicos en la isla que para fines de 1855 permitieron, por lo menos, que se pusiera en movimiento una acción diametralmente opuesta a los propósitos con que su país se había interesado, desde 1848, en los asuntos dominicanos. El contraste atañe, nada menos, que al mantenimiento de la República Dominicana como estado independiente.

Determinar hasta que punto esa actitud fue de iniciativa personal u obedeció a las directrices trazadas por el gobierno británico aguarda un más minucioso análisis con nuevas fuentes documentales.

Existe además en el caso de Schombourgk la circunstancia de que su gestión en el país allegó una serie de hechos y proyecciones que adornaron su imagen con relieves atractivos para muchos dominicanos. Aparte de que en apariencia fue individuo de gran encanto personal, su presencia encarnaba, en primer término, el reconocimiento de la nación más poderosa del globo. Fue el plenipotenciario para el tratado de 1850, el primero que alcanzó vigencia. La mediación que, pese a todo, mantuvo en suspenso a Soulouque, fue primordialmente obra de Lord Palmerston. Ante los ojos de los dominicanos apareció repetidas veces amparando a los perseguidos por los excesos del poder. Su interés científico le puso en contacto con la población nativa en todos los niveles y produjo acerca del país un acervo de conocimientos difundido en las principales publicaciones de su época.

Testimonio de como esos aspectos positivos de su personalidad fueron apreciados por muchos dominicanos es la carta que le dirigió un numeroso grupo de ciudadanos prominentes cuando, en 1857, gobernando de nuevo Buenaventura Báez, iba a partir de Santo Domingo. "Los anales de la Patria — dice uno de los párrafos de la carta — presentan vuestro nombre como el acreditado de la primera Nación que reconoció la independencia de la Primada de América, como el amigo más sincero de los dominicanos, como el único y más interesado protector de los perseguidos políticos, y en fin,

como el más fervorosamente empeñado en la paz y la prosperidad de la Nación.” (17)

A través del despliegue expresivo del párrafo pretranscrito surge la deducción de que para sus contemporáneos resultaban opacadas o inadvertidas las implicaciones diplomáticas a cargo de Schombourgk necesariamente reservadas.

La mediación emprendida en 1850 por la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, y mantenida desde 1851 por las dos primeras, impidió por años la agresión desembozada de Soulouque, pese a que las artimañas de este alejaron a los mediadores de su objetivo inicial de una paz definitiva o una tregua de diez años. Soulouque puso en práctica acciones diplomáticas y militares de sondeo, a fin de calibrar hasta donde alcanzaban las disposiciones de los mediadores, pero no se arriesgó a un nuevo rompimiento de hostilidades de manera patente sino a fines de 1855.

Después de la contramarcha a que le obligó la presión franco—británica en 1854, a propósito del proyecto de tratado con los Estados Unidos, Santana volvió a las andadas en 1855, a seguidas de la conspiración del 25 de marzo. Cabe la conjetura de que le animaba a tomar de nuevo el camino de atraerse a los Estados Unidos el propósito de balancear la ostensible preferencia por Báez que embargaba a los europeos y de la cual existen bastantes testimonios.

Las conversaciones con el Agente Comercial norteamericano, Jonathan Elliot, investido de plenipotencia para ellas, estaban avanzadas para diciembre de 1855 cuando “una repentina invasión haitiana interrumpió todos los asuntos del gobierno”, según informó al Secretario de Estado el propio Elliot. (18)

En la más grande acometida montada contra la República Dominicana, Soulouque volcó los frutos de sus largos años de preparación para la empresa, estimando que la oportunidad que se le presentaba era la que aguardaba. En la proclama altisonante con que inició la campaña acusó a los gobernantes dominicanos de vender el país al extranjero. Los historiadores estiman en 30.000 los hombres que puso en pie de guerra.

Afortunadamente, los dominicanos tampoco habían descuidado sus aprestos durante los años transcurridos, y tras una rápida movilización, enfrentaron al enemigo con las más grandes y más adiestradas fuerzas de que hasta entonces habían dispuesto, infli-

giéndole en las batallas de Santomé, Cambronal y Sabana Larga los mayores descalabros de toda la guerra.

El ataque aparentó un reto sin disimulo a las preven- ciones de las potencias mediadoras. Estas ciñeron su conducta al formalismo de la posición oficial protestando el 8 de diciembre en Puer- to Príncipe y advirtiendo que se informaba a las fuerzas navales res- pectivas “de la próxima salida de la armada haitiana, suplicándoles al mismo tiempo, de tomar las medidas para oponerse a ella”. (19)

Desde que comenzó a actuar, en 1850, la mediación desbordó el cometido específico que, en gestiones de esa índole, fija el derecho internacional, recurriendo a la amenaza de medidas de co- erción contra Haití para obligarla a mantener la suspensión de hosti- lidades. Así la tregua de un año, admitida por Haití en 1852, fue con- secuencia de la amenaza de bloqueo de los puertos haitianos por las fuerzas navales franco—británicas para sancionar la agresión haitiana contra el puesto militar dominicano de Postrer Río. En cambio, en 1855 no hay noticias acerca del menor movimiento de los barcos bri- tánicos o franceses con motivo de la invasión del territorio domina- no por Soulouque.

Entre los documentos conocidos hasta ahora que arro- jan luz sobre los antecedentes inmediatos de la acción militar haitiana figura un informe, procedente de Puerto Príncipe, que nombra a Schombourgk como participante en las manipulaciones secretas que precedieron a la gran jugada de Soulouque. De ese informe no han hecho uso, que sepamos, los historiadores dominicanos. Sin embargo, el contexto de los acontecimientos, autorizados por las fuentes dis- ponibles, según hemos visto, tiende a confirmar la verosimilitud de lo que allí se afirma.

Con fecha 1ro. de septiembre de 1855 reportó al Ca- pitán General de Puerto Rico el Agente Comercial de España en Puerto Príncipe, Manuel Dionisio Cruzart, que existía “toda una tra- ma contra la independencia de Santo Domingo en la que por lo poco que he alcanzado a saber están comprometidos dos funcionarios de una potencia extranjera el uno en Haití el otro en aquella República”. (20). Más adelante agregaba “El sr. Lloyd me ha enseñado una carta de sir Roberto Schombourgk con quien está en correspondencia secre- ta” ... El disgusto de Schombourgk con Santana está documenta- do desde marzo del mismo año En despacho del indicado agente se di-

ce que ese disgusto había llegado a tanto “que había pedido su relevo”. (21) Después de sobreponerse al fiasco del tratado de 1854, Cazneau continuaba en Santo Domingo y no habían desaparecido los síntomas de la condescendencia de Santana por los norteamericanos. Buques de guerra del norte habían hecho maniobras en Samaná. Pero para el estado de ánimo de Schombourgk existían razones que escapaban al dominio público. El imprudente compromiso de permitir el enarbolamiento del pabellón británico en caso de ataque norteamericano le valió una reprimenda del Foreign Office. (22) Esa incidencia prueba que los funcionarios diplomáticos se apropiaban todavía inicitivas que consideraban acordes con instrucciones generales recibidas o que, validos de su mayor autonomía, les era más fácil prestar acatamiento a intereses o preferencias personales, aunque no se ajustaran exactamente a las instrucciones recibidas.

Poco después de hacer su denuncia, Cruzart tuvo que salir de Puerto Príncipe al ser declarado persona non grata. Atribuyó el trance al hecho de no haberse prestado a lo que le proponían. El motivo elegido para obligarlo a abandonar Haití fue tan increíble que linda con el chiste: se acusó a su Secretario de que había dejado de saludar el palacio del Emperador Soulouque y al interponerse Cruzart en defensa de su subordinado, se estimó irrespetuosa su actitud.

En el fondo, había un motivo de alta política en la negativa de Cruzart. Entre las potencias interesadas en Santo Domingo, España, aunque acerbamente opuesta a Estados Unidos, no podía avenirse a entregar la República Dominicana a Haití a cambio de evitar que cayera en manos de Estados Unidos. Ambas alternativas le eran igualmente perjudiciales. La de Haití porque el aumento del prestigio y poderío de Soulouque, que soñaba con un imperio negro en las Antillas, constituía un peligro para el régimen esclavista que perduraba en Cuba y Puerto Rico y una incitación para las masas reducidas a ese régimen oprobioso.

No ocurría lo mismo con la Gran Bretaña primera nación colonialista en abolir la esclavitud.

Envalentonado por el rotundo triunfo de las armas dominicanas, Santana prosiguió las negociaciones con los Estados Unidos. El acuerdo a que se llegó, firmado en Santo Domingo el 11 de marzo de 1856, fue de carácter puramente comercial pero los rumores circulantes propalaron miras ulteriores que no excluían el punto neurálgico de Samaná. La apariencia de un acuerdo meramente co-

mercantil, sin embargo, se adaptaba a las exigencias anglo-francesas con motivo del proyecto anterior y en parte eso explicaría que los representantes de las dos potencias europeas, aunque persistiendo por lo bajo en su predisposición antisantanista, dejaran el comando de la oposición a España, cuyo Cónsul General y Encargado de Negocios recién llegado, Antonio María Segovia, echaría adelante con tanto ahinco su cometido, que no tuvo empacho en proclamar a Báez como única solución a los problemas dominicanos, logrando promover un movimiento que dio al traste con el régimen santanista, sin que Santana y sus hombres, para impedirlo, lograsen la aprobación del convenio por los Estados Unidos y el apoyo norteamericano. Pero eso es ya otro cantar ...

Schombourgk participó en el tejemaneje que trajo de nuevo a Báez al poder pero no hay noticias de una actitud suya categórica como la de 1854 y 1855. Si en parte eso se debió a que Santana aparentaban ceñirse a lo prescrito previamente, limitando el nuevo acuerdo a lo exclusivamente comercial, también tuvo que ver, sustancialmente, con la variación de rumbo de la política británica hacia Estados Unidos, no ajena a la reprimenda a Schombourgk y a la pugna en Santo Domingo. En efecto, a causa del incidente dominicano, y respondiendo a quejas del Ministro norteamericano en Londres, entonces James Buchanan, el futuro Presidente, Lord Clarendon Ministro del Exterior le dio seguridades de que en lo sucesivo la actitud británica sería distinta. Se cita, para ese cambio, el influjo de las consideraciones económicas y comerciales. Estados Unidos, por lo pronto, suministraba mucho del algodón que requería la industria textil británica, amén de otras razones de la misma índole. Lo cierto es que a partir de 1855 los autores señalan una política británica más cautelosa en la América Latina frente a los norteamericanos. (23)

Pero difícil era eliminar por completo la gravitación de los antecedentes que habían ubicado a Schombourgk en una posición dentro de la vida interna dominicana. No fue ajeno por eso a la evolución que depuso a Santana y dio paso a Báez. De como le era propicio el clima político encarnado por este, lo atestigua elocuentemente la carta gratulatoria que le dirigieron prominentes ciudadanos cuando iba a alejarse para siempre de las playas dominicanas en mayo de 1857. La publicación de esa misiva hubiera sido imposible bajo la rectoría de Santana.

NOTAS

- (1) *Emilio Rodríguez Demorizi: Correspondencia del Cónsul de Francia, tomo II, apéndice, págs. 303–305.*
- (2) *Véase informe del Embajador francés en Londres, Correspondencia ... Vol. II, págs. 173–174.*
- (3) *Documentos ... Vol. 1, págs. 140–143.*
- (4) *Documentos ... Vol. III, pág. 139.*
- (5) *Las instrucciones a Green en Manning, Vol. VI.*
- (6) *Ilustra sobre este particular la documentación reproducida en Documentos para la Historia de la República Dominicana, Vol. III.*
- (7) *Boletín Oficial de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores: Nos. 4 y 5, marzo–abril 1938, pág. 92.*
- (8) *Documentación de Documentos para la Historia de la República Dominicana, Vol. III, y en Manning, obra citada, tomo VI.*
- (9) *Primer despacho de Green al Secretario Clayton, Manning, citado.*
- (10) *Relaciones dominico–españolas, págs. 78–99.*
- (11) *Relaciones ... id., id.*
- (12) *Correspondencia ... tomo II, págs. 233–235.*
- (13) *Documentos ... Vol. II, págs. 145–49.*
- (14) *El incidente está documentado y relatado con los oficios de Cazneau al Secretario de Estado Marcy, en Manning, citado; en Charles Callan Tansil, United States and Santo Domingo, 1797–1874, Baltimore, 1938 y en Dexter Perkins, La Cuestión en Santo Domingo, traducción española editada por La Cuna de América con un extenso e ilustrativo apéndice del escritor dominicano don Enrique Apollinar Henríquez.*
- (15) *Tansil, obra citada. pág. 200*
- (16) *Publicaciones del Centenario, Senado Consultor, Vol. VII, pág. 138.*
- (17) *Reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi en nota a su artículo Schombourgk Primer Cónsul de Inglaterra en Santo Domingo, Boletín del Archivo General de la Nación, No. 50.*
- (18) *Transcrito por Sumner Welles, La Viña de Naboth, traducción española, tomo I, pág. 158.*
- (19) *Relaciones ... págs. 252–53.*
- (20) *Relaciones ... pág. 245.*

- (21) *Relaciones ...* pág. 229.
- (22) *Tansil*, pág. 201
- (23) Charles C. Hauch, *La actitud de los gobierno extranjeros frente a la reocupación española de Santo Domingo*, *Boletín del Archivo General de la Nación* No. 56, 1948; Fred Ryppy, *Latin American in World Policy*, New York, 1938, págs. 103–109.